

Acertijo intelectual:

Por qué aun no entendemos el postmodernismo y menos el deconstruccionismo

(y, tal vez, nunca lo haremos),

o un intento a entender lo no entendible en el desentido entendimiento.

por

w. j. mucher

14 de octubre de 1996

En un mundo virtualmente definido como postmoderno, nos encontramos aun con una fuerte ola de colegas que aun no entienden, y menos aceptan, el postmodernismo, y menos el deconstruccionismo, como métodos de diálogo intelectual. Por otra parte, aquellos que se aferran al postmodernismo como método de salvación académica, virtualmente devalúan el beneficio de tal metodología cognitiva, promoviendo fervorosamente la supremacía de su nueva forma intelectual, como ha sucedido en algunos campos del feminismo, del estudio afrocentrista, y del estudio homosexualista.

Tras compartir con colegas, ambos postmodernos al igual que modernos (y entiéndase que he decidido utilizar estos dos términos para identificarlos sólo para facilitar mi presentación ya que existen demasiados campos y variantes internos a ambas tendencias, y dichas tienden a ser igualmente difíciles de

determinar al momento de descifrar sus límites) en varias ocasiones, me percaté que el problema no estriba meramente en la supuesta terquedad de los anti-postmodernos, sino que parte de la culpa la tienen los mismos postmodernos quienes, fervientes a su causa, rechazan el diálogo, especialmente cuando pretenden definir su posición.

Este intento de definir o, tal vez mejor dicho, atento contra la estabilidad argumentativa de la academia, es agravado aun más cuando los postmodernistas se aferran a su logos descentralizado, y olvidan que muchos de los receptores no son "iniciados" en su parlamento, llegando así a crearse nada más que la mera burla de los postmodernos sobre los demás. Es en ese momento que el plan postmoderno cae bajo la mirilla de los grupos autoritarios para ser descuartizados como irracionales e irrelevantes ante el mundo actual. En este ensayo trataré el asunto del postmodernismo como empresa cognitiva, y como es ilógico em-com-prender tal empresa sin hablar sobre la influencia de Derrida en ella, hablaré como el deconstruccionismo forma parte de tal hazaña.

En principio, la distinción entre el modernismo y el postmodernismo parte de una diferenciación básica del mundo empírico conceptual oposicional como rígido/absoluto (moderno) y efímero/transitorio (postmoderno). La empresa modernista se establece paralelamente a la empresa científica/racional donde

el conocer es cuestión de develar los signos hasta llegar al mundo de las verdades absolutas (neoplatonismo). Por los últimos siglos (más o menos a partir del siglo XVI) la empresa científica se puede definir como ese develar de las leyes y de los principios que determinan el comportamiento del universo, leyes y principios que, a su vez, son universales y absolutos, o sea, no cambiantes.

El postmodernismo, y en parte el deconstruccionismo, se basa en la idea de que el mundo de lo conocido baila sobre las arenas movedizas del acto de saber (Derrida, Lyotard). En ese sentido, los postmodernistas emprenden en un viaje "epistemológico" oblicuo hacia lo opuesto, o sea lo "otro", como dirán ellos, hacia lo negado por la aseveración de una versión oficial (Lacan, de Beauvoir, Derrida). Por ejemplo, decir que el caballo blanco de Napoleón *no* es meramente blanco, sino realmente negro, ya que el blanco es un concepto que exige que se piense, igualmente, en lo que *no* es, o sea su negro [eso es, la presencia de su concepto empíricamente y epistemológicamente opuesto, ya que la mención del blanco exige la presencia de su opuesto en la definición como forma injustamente oprimida]. El postmodernismo se puede definir como un instrumento que permite a esta forma reprimida a que tenga su oportunidad de reinar bajo el sol: el postmodernismo es, por ende, un acto transvalorador (Heidegger).

En un principio, la intención del postmodernismo, era liberar la crítica literaria y la teoría de los amarres positivistas y absolutistas presentes en el canon occidental que plagaban por siglos la investigación y la interpretación de textos, y de la palabra misma. Pero, como toda buena intención, el afán hipercorrector de las causas ideológicas promovieron mas bien, un libertinaje dentro de los estudios postmodernos, llevando así toda proposición libertadora a su extremo contrario creando así una "nueva" ideología reinante. Este proceso autocorrectivo de las últimas décadas proviene del pensamiento nihilístico y retornador de Federico Nietzsche, quien, bajo el lema del "Eterno Retorno de lo Mismo", expuso el derrocamiento de los viejos dioses y de los conceptos absolutos, para ser sustituidos por un "nuevo" concepto magistral: el "Amor Fati", ligeramente definido como un retorno a lo absoluto.

Erróneamente, Martin Heidegger propuso una idea unilateral en su interpretación de Nietzsche. Y la fanaticada postmodernista la acuña, por no saber mejor. En esta "onda" lo nuevo sustituye terminantemente lo viejo derrocado. Pero lo que Heidegger, al igual que un gran número de postmodernistas, aparentemente malentendió es que este proceso nihilista era un proceso continuo, o sea, que esa nueva ley operante era sólo temporera, condicionada a sufrir ella misma el mismo decaimiento y aniquilación que las leyes anteriores. Más aun, Heidegger

malinterpretó esta transvaluación como una de meros opuestos, donde lo que está arriba tomará posición abajo, y lo de abajo tomará posición arriba, idea adoptada por las fuerzas justicieras del postmodernismo. De nuevo este acto transvaluador limitaría las posibilidades de crear un nuevo mundo libre de ataduras viejas, como Nietzsche pretendía.

Muchos de los actuales seguidores de esta vertiente han adoptado el acto transvaluador para derrocar a las definiciones y premisas operantes, y en su lugar, colocar premisas de su propio gusto y provecho. Un acto laudable, hasta cierto nivel, ya que ha permitido que voces previamente silenciadas puedan escucharse por primera vez. Pero la falta de conciencia velada por un afán justiciero, ha creado un nuevo, o nuevos, monstruo(s) con el/los cual(es) lidiar. Lo imprevisto en esta hazaña fue que cada grupo exclamó soberanía sobre las demás. Como dice un refrán muy popular pero poco escuchado: "El poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente". De tal forma, el resultado de tal campaña, o de las múltiples campañas, ha sido que la academia, al igual que la conciencia general, ha sido transformada, diría que tal vez irrevocablemente fragmentada, en un sin número de bandos igualmente opresores que el poder derrocado. Lo que agrava la situación es que estos bandos se glorifican en ser aun más opresores ya que ven su

venganza y/o represión contra los demás justificadas ante tantos siglos de opresión sufridos en las manos del viejo orden.

El deconstruccionismo, a su vez, no depende de esta acción justiciera determinada por la inherente oposicionalidad e injusta opresión descrita por el régimen occidental, dado por el acto existencial entre lo enunciado y su "otro". Derrida fue suficientemente perspicaz en notar esa trivialidad para no caer en esa trampa cuando exponía que el centro no existía, sino que existen un sin número de "centros descentralizados", los cuales la palabra tomaba como significado temporero. Esta adjudicación significativa, y algo absoluta, era en sí efímera ya que dependía de las condiciones ambientales a la interpretación contenidos en el transcurso del tiempo en el espacio lingüístico del lector operante (o sea, la temporalidad heideggeriana *Dasein*). Como Derrida había propuesto en la década de los sesenta, el acto cognitivo de una idea contenida en una palabra exige un vasto conocimiento de sus múltiples connotaciones. En este sentir, Derrida propone una lectura de la palabra contraria al corpus estructuralista, y aun del corpus postmodernista, de las décadas de los cuarenta a los sesenta, donde el signo (la estructura referencial, "la casa del lenguaje") refería directamente a un sólo significado (idea) a través de un referente específico, un único significante (palabra) (Lévi-Strauss, Heidegger, Saussure). Esta correlación

empírico-estructuralista de 1-1 entre el significante y el significado, era combatida por los post-estructuralistas quienes permitían dentro del signo un *laisse faire* entre el significado y el significante.

Para Derrida, la verdad es cuestión aleatoria en la que el referente deambula sobre una multiplicidad de referidos. Por ejemplo, la palabra "farmacia" (*pharmakón*), como declara Derrida, trae un sin número de acepciones que no solo remiten a su capacidad de sanación, sino que, inherentemente, conlleva su oposición, o sea, el envenenamiento (del Logos, eventualmente). La posibilidad de que la palabra "fármaco" signifique tanto cura como veneno, no significa que su significación es una o la otra, como los postmodernistas pretenden. Sino que las acepciones, todas por igual, están presentes en la palabra enunciada, ninguna siendo más correcta que las demás. Es importante recordar que Derrida nunca dimite la historia de estas ideas, sino que las reorganiza para mayor provecho de la sociedad cognitiva. Derrida aboga por el reconocimiento de todas las acepciones que por largos siglos han cohabitado en el olvido con el significado operante, yaciendo en lo que Derrida mismo ha denotado como el margen de toda empresa académica. De esta forma Derrida recoge y restaura el entender de Nietzsche de que la empresa nihilista ahonda más en el problema de identificar el lugar de lo absoluto y no en el contenido de ese lugar, un

entender no viable en la mayoría de las formas postmodernas operantes hoy en día ya que estas se definen más por contenido que por método.

Con el reciente mermar empírico-ontológico, el resultado de nuevas formas técnicas, el hombre ha manufacturado vías para perseguir un mejor mundo. Un interés fatídico en la utopía desatado por el postmodernismo y el deconstruccionismo ideologizante ha desbordado en las hazaña englobadoras de la realidad virtual, creando así un plano lujurioso donde el ser, en vía de mejorar su pobre existencia corporal, ha creado espacios autoerotizantes y autosuficientes en su búsqueda (espiritual?) de la esencia aumentada del placer personal (por ejemplo la manufacturación de mundos estériles donde uno puede interactuar con otros entes manufacturados sin necesidad de revelar las verdaderas identidades de cada uno (por ejemplo, el mundo del ciberespacio, el internet y los MUDDs), o el suicidio en masa del grupo Heaven's Gate en abril de 1997). Así pensadores como Baudrillard han dilucidado en la muerte primordial del ser ante un nuevo orden. Un nuevo salvador que en su afán por liberar al ser humano, lo encadena en simulacros condicionados por una "realidad artificial" de segundo orden. Realidades fragmentadas y sin secuencia santificadas por el mismo orden postmodernista que cuestionó la autoridad de los viejos hombres blancos provenientes del occidente. Intentos de

acordonar el postmodernismo han, incluso, creado un canon postmoderno, autorizado y pontificado, un eslabón teórico más para la cadena del conocimiento edificador, con sus respectivas expresiones literarias, fílmicas, etc., las cuales justifican tal hazaña empresarial.

Igualmente, la última década ha estado abarrotada por nuevas "olas" postéquis, tales como la post-postmodernidad y el postcolonialismo, que parecen ser nuevos intentos de corregir este dilema buscando unas nuevas experiencias y unas nuevas arenas de discusión donde el poder dialéctico del postmodernismo libertador pueda sanarse y retomar su curso original. Ejemplos como los estudios de etnias, el nuevo enfoque orientalista, las nuevas ramas de "transgender studies" y de "masculine studies". Los estudios de literatura emergente ("Emergent Literature") expresan por sí solos que hay un margen de donde están emergiendo textos antes no tratados. Y no olvidemos los estudios de cultura popular, los estudios de cultura de masas y los estudios de medios comunicativos (TV, cine "Internet"), demuestran que la academia todavía no transa con las ideas monolíticas del temprano postmodernismo. ¡BIEN HECHO!-debemos gritar en saludo de bienvenida a estas y muchas otras tendencias académicas de la sociedad intelectual a la que pertenecemos.

Son estas mismas manifestaciones las que demuestran que los nuevos académicos no están conformes con la institución, y menos

con las viejas "nuevas" ramas del conocimiento que han sido institucionalizadas y ordenadas, hasta encasilladas, en vísperas del siglo XXI. Es con este vislumbrar del mundo por venir, o, mejor dicho, por nuestro entender por venir, que la academia se debe estar encaminando a un nuevo pensar filosófico. Como Derrida en un tiempo pasado, es tiempo de retomar nuestro pasado, y no destruirlo, nuestro presente, y tampoco reemplazarlo, sino re-constituirlo para el beneficio de las nuevas generaciones del futuro (tal como la idea de "Generation Next" de Pepsi [anuncio televisado 1997], que se deriva de la idea de ser la generación post-X). Esto exige que re-estudiemos y re-afirmemos lo canónico, no por ser meramente canónico, mientras establecemos nuevas pautas para nuevas ideas y nuevos cánones. Como nos reveló Nietzsche hace más de un siglo, es tiempo de matar a "viejos" dioses para poder re-construir nuevos paraísos. Eso se logra adoptando la sagacidad y la temeridad de los niños (ver la tira cómica "Calvin and Hobbes" [1985-1995]), los que incansables preguntan y re-preguntan hasta hastiarnos de la "versión oficial". Una vez logrado esta repugnancia por la versión oficial, podemos re-pensar nuevas versiones que permitirían adelantar la causa humana. Hasta entonces, deambularemos ciegos aterrorizados por un dios que no existe y esperando una voz que nunca nos llamará, esperanzados por evitar el verdadero apocalipsis de una funesta y putrefacta sociedad.

En fin, con todo esto dicho todavía no he contestado la pregunta que me llevó a esta desiderata con lo postmoderno y lo deconstruccionador, eso es: ¿Por qué aun no entendemos el postmodernismo? Porque entenderlo sería contrario a su esencia. Sería atarlo a estructuras e ideologías estáticas excluyendo aquellas otras que no las favorecieron. Sería crear otro canon autorizante con el cual todo feligrés postmoderno retumbaría las arcas de la antigua institución en pos de convertir a los infieles y quemar a los herejes por su desvergonzado paganismo y desviación del camino del bien. Sería darle definición a lo indefinible, presencia a lo impresenciable, venerar lo desvenerable. Sería constituir una nueva tropa de casacas marrones, idólatras que velarían por la seguridad de la nueva y única fe, delatando a sus colegas, amigos, amigas, padres, hermanos, hermanas, esposos, esposas, e, inclusive a sus mismos hijos, por "traicionar" al nuevo "orden global".

¿Por qué nunca entenderemos el postmodernismo, y menos el deconstruccionismo? Simplemente, por que no.